

grumetes

Jordi Folck

Libro de conjuros de la vieja Tarántula

Ilustraciones

Agustín Comotto

Traducción

Alejandro Palomas

49° PREMIO JOSEP M. FOLCH I TORRES

laGalera

Primera edición: junio de 2015

Esta novela ganó el 49º Premio Josep M. Folch i Torres de novela de 2011

Diseño de la colección: Mariano Rolando

Diseño de la cubierta: Agustín Comotto

Diseño del interior: Adriana M.

Maquetación: Marquès, SL

Edición: David Monserrat

Coordinación editorial: Anna Pérez i Mir

Dirección editorial: Iolanda Batallé Prats

Título original catalán: *Llibre d'encanteris de la vella Taràndula*

© 2012, Jordi Folck, por el texto

© 2012, Agustín Comotto, por las ilustraciones

© 2015, Alejandro Palomas, por la traducción

© 2015, La Galera, SAU Editorial, por esta edición en lengua castellana

La Galera, SAU Editorial

Josep Pla, 95 – 08019 Barcelona

www.lagaleraeditorial.com

Impreso en Limpergraf SL

Mogoda, 29-31 Polig. Can Salvatella

08219 Barberà del Vallès

Depósito legal: B-2.822-2015

Impreso en la UE

ISBN: 978-84-246-5437-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra queda rigurosamente prohibida y estará sometida a las sanciones establecidas por la ley. El editor faculta a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) para que pueda autorizar la fotocopia o el escaneado de algún fragmento a las personas que estén interesadas en ello.

*Para Sara y Pere Prujà,
que tienen los ojos encendidos de magia.*

Índice

1. Año nuevo, vida nueva.....	9
2. Un juguete roto, un corazón partido y hielo en la sangre. ¡Ahí es nada!.....	13
3. Empezar, sí, pero ¿por dónde?.....	19
4. Fórmulas y experimentaciones muy secretas y muy imposibles.	23
5. Experimentos sencillos y fáciles que hasta un niño podría hacer	27
6. Hoy el señor director no vendrá	33
7. Una noche de luna llena y un hechizo.....	39
8. Romper el Sueño.....	43
9. Para enmudecer a alguien	49
10. Un silencio sepulcral.....	53
11. Problemas.....	57
12. Roque el Trapero	61
13. La historia que Pedro Badía no conocía	67
14. Una palabra mal escrita o mal leída.....	75
15. Hierbas de todos los colores y desmedidas.....	79
16. Preparativos.....	85

17. La resurrección de la carne	91
18. Consecuencias de un milagro	99
19. Visitas ilustres	103
20. Cosa de brujas	107
21. Llueven peces, vuelan vacas.....	113
22. Siete días de magia negra	117
23. Los santos inocentes.....	123
24. Trapos sucios	129
25. Plan de salvamento.....	135
26. Limpiar la casa con cuatro sacudidas	141
27. Tarántulas y lagartijas.....	147
28. La Serpiente del diablo	155
29. Una visita inesperada.....	163
30. Año nuevo, vida nueva.....	173

1

Año nuevo, vida nueva



Pedro habría detenido el tiempo si hubiera podido: se habría quedado para siempre en los nueve años y habría pasado los días con la boca llena de chuches y el suelo sembrado de juguetes.

Aquel «año nuevo, vida nueva» que todos se habían deseado después de que hubieran dado las doce campanadas no traía consigo nada nuevo: siete días después de esos buenos deseos, de los turrónes y del confeti, daría comienzo la escuela y los días volverían a parecerse demasiado a los anteriores.

Y, sin embargo, Santa Claus había pasado esta vez cargado de regalos, alegrando la vida de los más pequeños en un pueblo también pequeño, de los que apenas aparecen en las guías turísticas. Hacía tiempo que Pedro soñaba con un coche de policía teledirigido. Y de la caja mal cerrada en la que habían escrito su





nombre había salido uno de un lustroso azul metálico. Solo era necesario pulsar un botón para que el vehículo avanzara como por arte de magia por el pasillo de su casa, la sirena ululando. Había también un par de marionetas, un balón de fútbol, un futbolín de mesa y un par de rompecabezas de 3.500 piezas cada uno. Siempre le había gustado la palabra «rompecabezas».

Pero en cuanto vio desaparecer la estela de Santa Claus en el firmamento, a Pedro se le revolvió el estómago. Dos semanas después iban a caerle encima un montón de tareas, un tropel de profesores gritones y ese Tomás Iscariote que la tenía tomada con él y al que, de vez en cuando, se le escapaba alguna colleja que, desde su altura y su desmesura, caía como un trueno.

En un espectáculo de variedades que había visto en la televisión la tarde antes de volver a la escuela, al mago Bambadaboom le había salido mal un truco de magia: había encerrado a una chica rubia y guapa, de largas pestañas, en un armario de ruedecillas. Había susurrado unas palabras mágicas mientras hacía rodar el armario hasta siete veces, siempre hacia la derecha, y cuando lo había abierto la chica se había esfumado. El público había aplaudido, pero cuando había sonado un redoble de tambor y el mago había señalado con sus guantes blancos la cesta, la había encontrado vacía. El mago se había asustado mucho. ¡Qué extraño! Y seguramente todavía la buscaba.

Cuánto le gustaría a Pedro Badía hacer desaparecer



a Tomás Iscariote, el repetidor, un animal con patas y mal genio que, al ser un año mayor que los demás y el más alto y corpulento de la clase, era el terror del aula. Sí, mandarlo al infierno a hacer gárgaras; que se fundiera hasta desaparecer, que se largara con viento fresco, facturarle por servicio exprés —tamaño especial— al África negra, meterle un cohete de propulsión a chorro en el culo.

Lo que Pedro Badía no sabía era que todo cuanto había imaginado, por descerebrado y sorprendente que fuera, estaba a punto de hacerse realidad.

¡Y que el mago era él!



2

Un juguete roto, un corazón partido y hielo en la sangre. ¡Ahí es nada!

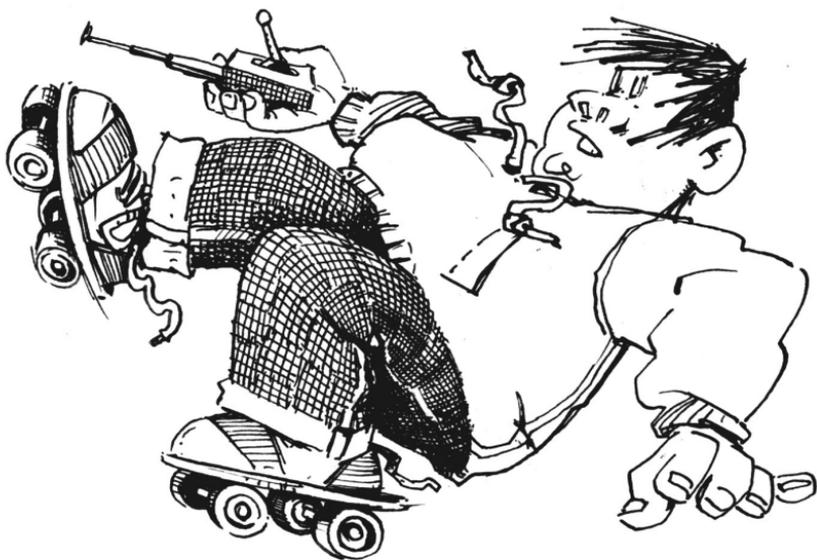
Pasadas las vacaciones de Navidad, los niños llevaban sus juguetes a la escuela para compartirlos con los demás.

Pedro cogió el coche de policía, al que había bautizado ya como «el de la sirena asustapersonas»; quien la oía por primera vez daba un respingo de padre y muy señor mío. Había sacado una pila del trasero del automóvil, creyendo que quizá así haría menos ruido, pero el coche había dejado de funcionar. Cuando sus compañeros oyeron el «ul-ul-ul-ul» de la sirena, que sonaba como una especie de alarma antiaérea, todos le festejaron el coche de policía con el 77 rotulado en la puerta y con sus dos hombrecillos de goma sentados al volante. Las dos puertecillas delanteras se abrían hacia los lados. También el maletero. De vez en cuando, los policías de cabezas redondas como canicas soltaban en inglés un reguero de palabras que nadie entendía, ni



siquiera los profesores, y eso que supuestamente lo sabían todo.

Sabía que el coche de policía había llegado de más allá del polo norte, que no era un país ni un estado, allí donde se funden los hielos, donde corretean los osos polares con sus abrigos blancos, donde las focas aplauden, donde nacen las auroras boreales. De ahí que Pedro lo observara con ojos muy atentos mientras el coche corría de mano en mano. Cuando Tomás Iscariote lo apretujó entre sus manazas, Pedro empezó a sentir miedo. Y muy pronto se echó a temblar. ¡Si le ocurría algo a su *supercoche* de policía «77», no se lo perdonaría! A Tomás le habían regalado unos patines

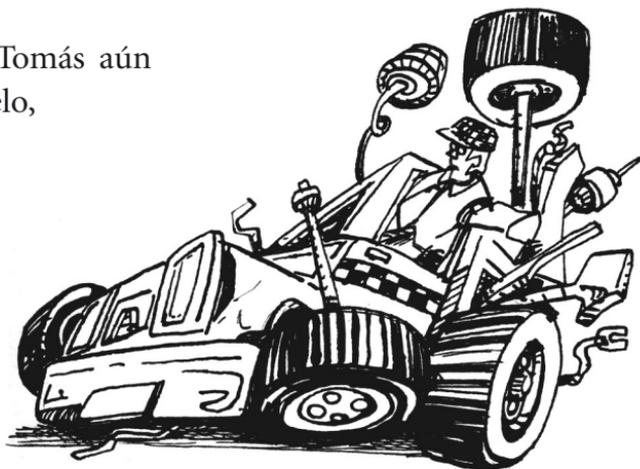


con ruedas metálicas y, agarrándose de los colgadores, intentaba circular a cierta velocidad persiguiendo el coche y utilizando el mando a distancia como quien está a punto de disparar. Y pasó lo que tenía que pasar: patinar e intentar seguir el coche eran cosas que la maestra, la señorita Inés, consideró incompatibles, aunque demasiado tarde. Es decir, que no pegan ni con cola superresistente. Así que, en vez de caerse encima de alguno de sus compañeros, Tomás resbaló y se cayó encima del coche de policía, cuya sirena calló para siempre.

Entonces Pedro entendió por qué le llamaban «Tomasón: el azote de los inocentes».

Terriblemente abollado, pisoteado como si una manada de elefantes hubiera cruzado por el pasillo, el coche había dejado de ser coche. Aquello no era un accidente, como había dicho la maestra, sino un atentado de dimensiones catastróficas.

Con Tomás aún en el suelo,



riéndose embobado, Pedro le propinó una sarta de puntapiés; para un niño tan corpulento, debieron de resultarle simples cosquillas. Fue como patear un neumático desinflado. Cuando la maestra los separó, Pedro se echó a llorar como hasta entonces nadie —ni siquiera él— había visto. Daba igual que ella le dijera que su padre le compraría otro, que si era necesario celebrarían una colecta para un nuevo supercoche de policía, que Tomás le pediría perdón personalmente y que le daría un beso como muestra de su amistad... No había forma de consolar a Pedro, ahogado como estaba por sus propias lágrimas y en su propia rabia.

Cómo le gustaría romperle la cabeza a aquel idiota. Daría lo que fuera por mandarle a una dirección desconocida, a un agujero negro del espacio exterior, a los profundos mares del sur. Quizá allí encontraría a la muchacha perdida del mago que, encerrada en el armario de las siete vueltas, aún no había aparecido. Y en ese momento se acordó, como atravesado por un rayo, de que el abuelo le había regalado en su día un librote viejo y sucio, desencajado, pero repleto de fórmulas secretas. Pedro nunca le había prestado demasiada atención, porque le gustaban las cosas nuevas. Y aunque lo había hojeado a menudo, como no había conseguido entenderlo, lo había dejado arrinconado en el baúl de los objetos perdidos, donde guardaba todo lo que quería perder de vista cuando se hiciera mayor.



¿De verdad no había nada que pudiera hacerse contra ese idiota con patas, contra aquella montaña de estupidez? ¿Y de dónde había sacado el libro el abuelo?

Miguel Badía había muerto hacía un año. No podía preguntárselo.

Sí, se dijo. Desempolvaría el libro que había dejado olvidado entre los juguetes viejos y sacaría de él toda la magia que pudiera con un único fin: Tomás Iscariote tenía que desaparecer.

